

# Latidos mortales

Jim Butcher

Traducción:  
Cecilia Pérez Riestra



## Libros publicados de Jim Butcher

### HARRY DRESDEN

1. Tormenta
2. Luna llena
3. La tumba
4. El caballero
5. Máscaras de muerte
6. Derecho de sangre
7. Latidos mortales

Próximamente:

8. *Proven Guilty*

Título original: *Dead Beat*  
Primera edición

© Jim Butcher, 2005

Ilustración de cubierta: Chris McGrath

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es  
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-695-7 Depósito legal:

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 6

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24, Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:

**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

A mi hijo.  
Lo mejor que me ha pasado en la vida.  
Te quiero, cosa bajita.

## Agradecimientos

Les debo otra ronda de agradecimientos a los sospechosos habituales: a los residentes de Beta-Foo Asylum, tanto a los que llevan mucho tiempo como a los que acaban de llegar, a la nueva editora de 'La saga de Dresden', Anne Sowards, tan atenta y cariñosa... ¿Seguro que vives en Nueva York, Anne? A mi agente, Jennifer Jackson, a quien más agradecido estoy, pues siempre ha intentado conseguir, por todos los medios, los mejores contratos.

También quiero dar las gracias a mi familia por su apoyo y por su amor incondicional. A Shannon, por ser quien es, y porque para mantener la buena opinión que tiene de mí me obligo a trabajar muy duro durante jornadas de diez... Bueno, espera, no, tal vez sean tres... Vale, vale, cinco horas como máximo (es que, cariño, no creo que sea humano trabajar diez horas, y además, sino, ¿cuándo juego al Halo?). Quiero darle las gracias a mi hijo J. J. por su energía, entusiasmo y amor ilimitados, porque resultan terroríficamente maravillosos.

Ah, también quiero agradecerle a mi feroz y peludo guardaespaldas, Frost, su forma de proteger mi carrera: es capaz de mantener a los malos tan alejados que jamás se ha acercado ninguno a molestarme. Además también es de gran ayuda cuando se come todo lo que encuentra a su alcance, en realidad lo hace para que no me lo coma yo y me distraiga.

En general, somos una especie asesina.

De acuerdo con el Génesis, bastaron cuatro personas en todo el planeta para agobiarse y sentir que eran demasiadas; el primer asesinato fue un fratricidio. El Génesis dice que Caín, el primer niño nacido de padres mortales, sufrió un ataque de ira, y en plena enajenación se cargó a un congénere. El ataque de ira, por lo tanto, pasó a ser un brutal asesinato sangriento y punible. Seguro que Abel, el hermano de Caín, no lo vio venir.

Cuando abrí la puerta de mi apartamento, se apoderó de mí una sensación de profunda empatía y comprensión.

Hacia el monstruo de Caín.

Mi apartamento no es más que un gran cuarto en el sótano de una centenaria pensión de Chicago. La cocina está en una esquina, hay una chimenea que casi siempre tengo encendida, un dormitorio del tamaño de la cama de una furgoneta de reparto y un cuarto de baño en el que apenas caben un lavabo, un retrete y una ducha. No puedo permitirme muebles muy buenos, así que son todos de segunda mano, pero muy cómodos. Tengo un montón de libros en las estanterías, un montón de alfombras y un montón de velas. No es gran cosa pero por lo menos está todo muy limpio.

O solía estarlo.

Las alfombras estaban totalmente deshilachadas y tenían agujeros por los que se veía el suelo. Una de las butacas se había caído hacia atrás y nadie la había recogido. Faltaban algunos cojines del sofá. Las cortinas de una de las ventanas altas se habían caído y entraba un hilo de luz del ocaso que iluminaba todos los libros. Lo peor era que los libros no estaban en la estantería, sino que descansaban desperdigados por el suelo. Eran mi principal fuente de entretenimiento y enseguida me di cuenta de que estaban todos mezclados y desordenados, los de tapa dura entre los de tapa blanda, y todos medio abiertos.

La chimenea era, más o menos, el epicentro del desordenado terremoto. Había ropa tirada, un par de botellas de vino vacías y un plato sospechosamente limpio que, sin lugar a dudas, se habrían encargado de limpiar los otros inquilinos.

En el momento en que entré en mi casa, aturdido, mi gran gato gris, Míster, se dejó caer desde su sitio: la parte alta de la estantería. Pero en lugar de venir a saludarme como siempre y restregar su cuello contra mí, contoneó su cola de manera despectiva hacia donde yo estaba y desapareció por la puerta.

Suspiré. Me dirigí a la cocina y me percaté: el comedero y el bebedero del gato estaban vacíos. No me extrañaba que estuviera tan gruñón.

Una gran bola de pelo que había en la cocina reptó hasta mis pies y me saludó con un gesto avergonzado y somnoliento. Al principio, mi perro Ratón no era más que un cachorrito gris, lleno de pelo, que me cabía en el bolsillo del abrigo. Ahora, más o menos un año después, me da por pensar que debería haber mandado aquel abrigo a la tintorería. Ratón había dejado de ser una bolita de pelo para convertirse en un camión de pelo. No sabemos a ciencia cierta de qué raza es, lo que sí está claro es que uno de sus padres era un mamut lanudo. Los hombros del perro me llegaban por la cintura y el veterinario sospechaba que todavía no había dejado de crecer. De eso solo podía deducir una cosa: es un animal demasiado grande para mi minúsculo apartamento.

Ah, y los comederos de Ratón también estaban vacíos. Primero me dio con el hocico en la mano y vi que su boca estaba sospechosamente manchada con algo parecido a salsa de tomate; después dio con la pata en el comedero arrastrándolo por el refuerzo de linóleo del suelo de la cocina.

—Mierda, Ratón —gruñí al más puro estilo de Caín—. ¿Sigue igual? Si está aquí, me lo cargo.

Ratón resopló quejoso, que era lo más parecido a un comentario que sabía hacer. Vino tranquilamente detrás de mí, a unos pasos de distancia, hasta la puerta cerrada del dormitorio.

En cuanto estuve delante, la puerta se abrió y apareció una chica rubia, con cara de ángel y con una camiseta blanca de algodón por toda indumentaria. La camiseta no era muy larga, la verdad. Ni siquiera le cubría todo el torso.

—¡Oh! —Arrastró el grito convirtiéndolo en una sonrisa adormilada—. Perdón, no sabía que hubiese alguien más aquí.

Sin un atisbo de pudor, se escabulló hasta el cuarto de estar y se puso a dar pataditas a todo el desorden buscando su ropa. Por la forma de moverse, con languidez y satisfacción, me pareció que, lejos de importarle, contaba con que la estuviese mirando.

En otro momento de mi vida, me habría dado muchísima vergüenza este tipo de situación y probablemente estaría echando miraditas disimuladamente. Pero, después de casi un año conviviendo con el íncubo de mi medio hermano, me resultaba hasta molesto. Puse los ojos en blanco y alcé la voz:

—¿Thomas?

—¿Tommy? Creo que está en la ducha —respondió la chica. Se enfundó su ropa deportiva: pantalón de chándal, chaqueta a juego y zapatillas caras—. ¿Me haces un favor? Le dices que...

La interrumpí con impaciencia:

—Que te lo has pasado muy bien, que siempre lo recordarás como algo muy especial, pero que fue cosa de una noche y que esperas que madure y conozca a una buena chica, o que se haga presidente o cualquier cosa.

Se quedó mirándome y frunció el ceño.

—No hace falta ser tan gilipo... —Abrió mucho los ojos—. ¡Oh! ¡Oh! Lo siento, oh, ¡Dios mío! —Se me acercó, se ruborizó y me dijo en susurros, como si de repente nos hubiésemos convertido en amiguitas—: No tenía ni idea de que estuviese con un tío, ¿cómo os arregláis los dos en una cama tan pequeña?

Parpadeé y le dije:

—Espera un momento.

Pero me ignoró y se fue murmurando:

—Mira tú qué pillín, el chico...

Me quedé mirándola. Luego miré a Ratón, que tenía la lengua colgando y meneaba el rabo suavemente, o lo que es lo mismo, sonreía al estilo perruno.

—¡Venga ya! —exclamé y cerré la puerta. Oí el rumor del agua cayendo por las tuberías de mi ducha. Les eché comida a Míster y a Ratón y el perro se abalanzó inmediatamente—. Por lo menos podría haberle dado de comer al perro... —murmuré mientras abría la nevera.

Miré de arriba abajo y no encontré lo que estaba buscando; aquello ya me pareció el colmo. Mi frustración se convirtió en fuego en el interior de mis globos oculares y me dirigí al congelador con la cabeza a punto de estallar.

—¡Hola! —La voz de Thomas surgió a mi espalda—. Nos hemos quedado sin cerveza.

Me di la vuelta y miré a mi medio hermano.

Thomas era un tío de algo más de metro ochenta y ahora me doy cuenta de que tuve tiempo para acostumbrarme a la idea de que nos parecemos bastante: pómulos afilados, cara alargada y mandíbula fuerte. Pero quienquiera que fuera el escultor que había terminado a Thomas, le había endilgado el trabajo de rematar mis facciones a su aprendiz. No es que yo sea feo, pero es que Thomas parece un cuadro del olvidado dios griego de la colonia. Tiene el pelo largo y tan negro que absorbe toda la luz. Además, recién duchado se le ondula un poco. Sus ojos son del color de un nubarrón de tormenta y, en toda su vida, jamás ha hecho ejercicio como para merecer esos músculos. Llevaba un pantalón vaquero e iba sin camiseta, su uniforme de estar por casa. Una vez vi cómo abría la puerta a una misionera con ese atuendo y ella se lanzaba a sus brazos bajo una nube de olvidadas copias de *La Atalaya*.<sup>1</sup> Las marcas de los dientes que le dejó no fueron moco de pavo.

No había sido solo culpa de la chica. Thomas había heredado la sangre de su padre, sangre de vampiro de la Corte Blanca. Era un depredador psíquico, se alimentaba de la fuerza vital primaria de los seres humanos y, normalmente, la forma más fácil de adquirirla era a través del contacto íntimo: del sexo. Esa cualidad lo envolvía en un aura que hacía que todos los que pasaban a su lado girasen la cabeza para mirarlo. Desde que Thomas se convirtió en un seductor sobrenatural no ha habido mujer en el mundo que pudiera decirle que no. En el momento en que empezaba a alimentarse de ellas es que ni siquiera querían

<sup>1</sup> N. de la t.: *La Atalaya* es una revista religiosa que los testigos de Jehová suelen entregar puerta por puerta para dar a conocer sus actividades.

decirle que no. Las mataba, solo un poco, pero tenía que hacerlo para mantenerse sano, y nunca lo llevó más allá, siempre fue únicamente por alimentación.

Podía haberlo hecho. Aquellos que la Corte Blanca elegía como presas eran atrapados en el éxtasis de la necesidad de alimentación y se acababan convirtiendo en esclavos de su amante vampiro. Pero Thomas nunca lo llevó tan lejos. Cometió ese error en una ocasión, y la mujer que amó ahora anda por la vida en una silla de ruedas, atrapada para siempre en la euforia mortífera que le provocó la relación.

Apreté los dientes y me recordé a mí mismo que aquello no era nada fácil para Thomas. Luego me dije que me repetía demasiado y me aguanté las ganas de decirle lo que ardía en deseos de gritar.

—Ya sé que no hay cerveza —gruñí—, ni leche, ni Coca-Cola.

—Ah —dijo.

—Y ya vi que no tuviste ni un segundo para dar de comer a Míster ni a Ratón. ¿Llevaste a pasear a Ratón, por lo menos?

—Eh, sí —dijo—. Es decir, lo bajé esta mañana, cuando te fuiste al trabajo, ¿te acuerdas? Así fue como conocí a Angie.

—Otra de las que hacen *footing*. —Imité otra vez el tono de Caín—. Me dijiste que no ibas a volver a traer extraños a casa, Thomas. ¿Y en mi puta cama? Me cago en la leche, tío, mira cómo está todo.

Lo hizo y me di cuenta de que realmente lo estaba descubriendo ahora, era como si no hubiese visto aquello antes. Dejó salir un quejido:

—Joder, Harry, lo siento. Es que... Angie es muy... muy intensa y, eh, muy atlética, y no me di cuenta... —Hizo una pausa para recoger un ejemplar de *Mirada ciega*, de Dean Koontz. La tapa estaba doblada y trató de alisarla—. Vaya... —dijo sin fuerza—, está todo destrozado.

—Sí —le reproché—. Has estado aquí todo el día, me dijiste que llevarías a Ratón al veterinario, que limpiarías un poco y que irías a hacer la compra.

—Bueno, venga —dijo—, ¡no es para tanto!

—No tengo cerveza —gruñí. Miré los escombros a mi alrededor—. Y Murphy me ha llamado hoy al trabajo y me ha dicho que se pasaría.

Thomas levantó las cejas.

—¿Ah, sí? Pues no te ofendas, Harry, pero no sé yo si será una de esas citas que incluyen sesión de cama.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Podrías dejar ya ese tema?

—Te lo digo en serio, deberías pedirle una cita de una vez y superarlo. Te va a decir que sí.

Cerré de golpe la puerta del congelador.

—Las cosas no son así —le contesté.

—Ya, claro —dijo Thomas suavemente.

—No son así. Trabajamos juntos, somos amigos, solo eso.

—Claro —asintió.

—No estoy interesado en salir con ella de esa manera —le dije—. Y ella tampoco lo está.

—Ya, ya, te entiendo. —Puso los ojos en blanco y empezó a recoger los libros del suelo—. Y esa es la razón por la que quieres que todo esto esté ordenado, para que tu colega no dude en quedarse un rato más si le apetece.

Apreté los dientes y le dije:

—Estrellas y piedras, Thomas, no te estoy pidiendo la puta luna. No te pido que pagues el alquiler, pero no te mataría arrimar un poco el hombro y hacer algún recado antes de ir a trabajar.

—Sí —dijo peinándose con la mano—. Hablando de eso...

—¿Hablando de qué? —le pregunté. Se suponía que se marcharía por la tarde para que mi servicio de limpieza del hogar pudiese venir. Las hadas no vendrían a limpiar si existía la posibilidad de que alguien las viera. Y no volverían a aparecer si le hablaba de ellas a alguien. No tengo ni idea de por qué tienen tantas normas, debe de ser un gremio muy estricto.

Thomas se encogió de hombros y se sentó en el apoyabrazos del sofá, sin mirarme a la cara.

—No tenía dinero para ir al veterinario ni a la compra —me dijo—, porque me han vuelto a despedir.

Me quedé mirándolo durante un segundo e intenté mantener mi enfado bajo una nube de humo, pero la nube se evaporó. Noté frustración y humillación en su voz. No me estaba mintiendo.

—Mierda —murmuré, pero Thomas no lo oyó bien—. ¿Qué pasó?

—Lo de siempre —dijo—. La jefa de la ventanilla del autoservicio me siguió hasta la sala frigorífica y se arrancó la ropa. El dueño apareció haciendo una inspección y me despidió al instante. Y por la mirada que le echó a ella, me pareció que la ascendería. Odio la discriminación de género.

—Por lo menos esta vez fue una mujer —le dije—. Tenemos que seguir trabajando en tu control.

Su voz se volvió amarga.

—La mitad de mi alma es de demonio —señaló—. No la puedo controlar, es imposible.

—No me creo nada —le contesté.

—Serás mago, pero no tienes ni la más remota idea de lo que esto supone —me recriminó—. No puedo llevar la vida de un mortal. No estoy preparado para ello.

—Lo estás haciendo bien.

—¿Bien? —me preguntó elevando la voz—. Puedo desintegrar las inhibiciones de una virgen a cincuenta pasos y no soy capaz de mantener ni dos semanas un trabajo en el que debo llevar una redcilla en el pelo y un gorro de papel. ¿En qué mundo se considera eso bien?

Abrió de un golpe el pequeño baúl donde guardaba la ropa, cogió un par de zapatos, su chaqueta de cuero y se lo puso todo con airada precisión. Se dirigió hacia la noche acechante, ofendido y sin mirar hacia atrás.

*Y sin limpiar todos sus destrozos, pensé sin un atisbo de compasión. Después, sacudí la cabeza y eché una mirada a Ratón, que había permanecido tumbado con el hocico apoyado en las patas y poniendo ojos de perro triste durante todo el tiempo.*

Thomas era la única familia que había tenido, pero eso no cambiaba nada: no se estaba adaptando adecuadamente a vivir como la gente normal. Se le daba demasiado bien ser vampiro. Le salía de manera natural y no importaba lo mucho que se esforzase por ser más normal: seguía dándose de bruces con los problemas, uno tras otro. Nunca lo dijo, pero podía sentir que el dolor y la desesperación crecían dentro de él con el paso del tiempo.

Ratón suspiró, pero esta vez no era un quejido.

—Ya lo sé —le dije al animal—. Yo también estoy preocupado por él.

Me llevé a Ratón a dar un largo paseo y volví cuando el crepúsculo de finales de octubre cubría la ciudad de Chicago. Saqué el correo de mi buzón y empecé a bajar las escaleras en dirección a mi apartamento, cuando un coche irrumpió en el pequeño aparcamiento de gravilla de la pensión y se chocó contra la señal de stop que había a unos pasos. Una chica rubia y menuda, con pantalones vaqueros, camisa azul de botones y cazadora de satén de los White Sox, salió del coche dejando el motor encendido.

Karrin Murphy parecía de todo menos la jefa de una división de agentes del orden encargada de todo lo que pudiera sacudir la noche de Chicago. Cuando los troles atracaban viandantes, cuando los vampiros dejaban a sus víctimas muertas o moribundas en plena calle, o cuando alguien con más capacidad mágica de acción que de reflexión perdía los papeles, el grupo de Investigaciones Especiales del Departamento de Policía de Chicago era quien se ocupaba del caso. Por supuesto, nadie creía de verdad en troles ni en vampiros ni en hechiceros malvados, pero cuando algo extraño ocurría, era tarea del departamento de Investigaciones Especiales explicar a todo el mundo que solo había sido un hombre con una máscara de goma, y que no había nada de qué preocuparse.

El trabajo de IE era una mierda, pero los hombres y las mujeres que trabajaban allí no eran tontos. Eran perfectamente conscientes de que en la oscuridad de ahí fuera había cosas que estaban más allá del alcance del entendimiento convencional. Murphy, en particular, creía en la necesidad de informar a los polis de cada detalle con el que contaban cuando se enfrentaban a amenazas sobrenaturales, frente a las cuales yo era una de sus mejores armas. Me contrataba como asesor cada vez que el IE se enfrentaba a algo muy peligroso o muy extraño. Los honorarios que cobraba por trabajar con ellos cubrían la mayor parte de mis gastos.

Cuando Ratón vio a Murphy hizo un ruidito parecido a un saludo y trotó hacia ella moviendo el rabo. Si me hubiese inclinado hacia atrás y hubiese mantenido las piernas rectas podría haber esquiado por la gravilla, pero el enorme perro no me dejó otra opción que correr detrás de él.

Murphy se arrodilló nada más verlo y enredó sus manos en las peludas orejas de Ratón, rascándose las con fuerza.

—¿Qué pasa, chico? —dijo sonriente—. ¿Qué tal estás?

Ratón le babeó las manos, dándole un beso al más puro estilo perruno.

Murphy exclamó riéndose:

—¡Puaj! —Empujó con suavidad el hocico de Ratón y se levantó—: Buenas noches, Harry, me alegro de haberte localizado.

—Me pillas volviendo del nocturno paseo a rastras —le dije—. ¿Quieres pasar? Murphy tenía una cara preciosa y los ojos muy azules. Era rubia y llevaba el pelo recogido en una coleta que le hacía parecer mucho más joven de lo que en realidad era. Su cara revelaba una expresión prudente, tal vez incluso incómoda.

—Lo siento, pero no puedo —se excusó—. Tengo que coger un avión, la verdad es que no tengo nada de tiempo.

—Ah —dije—. ¿Qué es lo que pasa?

—Me voy de la ciudad unos días —comentó ella—. Estaré de vuelta el lunes por la tarde. Esperaba que pudieras regarme las plantas.

—¡Oh! —exclamé. Quería que le regara las plantas. Qué dulce. Qué sexy—. Sí, claro, sin ningún problema.

—Gracias —me dijo ofreciéndome una llave enganchada en un aro de metal—. Es la llave de la puerta de atrás.

La cogí.

—¿Adónde te vas?

El gesto de fastidio de su cara se acentuó.

—Oh, fuera de la ciudad. Me voy a tomar unas pequeñas vacaciones.

Parpadeé.

—No he tenido vacaciones en años —dijo poniéndose a la defensiva—. Ya las tenía pedidas.

—Claro, claro —le dije—. Humm, te vas de vacaciones... ¿sola?

Se encogió de hombros.

—Bueno. Ese es otro tema del que también quería hablar contigo. Espero que no sea un problema, pero quería que supieses dónde voy a estar y con quién, por si no apareciese según lo planeado.

—Vale, vale —le dije—. Nunca viene mal ser precavido.

Asintió.

—Me voy a Hawái con Kincaid.

Parpadeé otra vez.

—Humm... —dije—. Te refieres a que te vas a trabajar, ¿no?

Cambió el peso de una pierna a otra.

—No, hemos salido un par de veces. No es nada serio.

—¡Murphy! —protesté—. ¿Estás loca? Ese tío es un pájaro de mal agüero.

Frunció el ceño.

—Ya hemos tenido esta conversación antes. Ya soy mayorcita, Dresden.

—Ya lo sé —cedí—. Pero este tío es un mercenario, un asesino. Ni siquiera es completamente humano. No puedes confiar en él.

—Tú lo hiciste —señaló—. El año pasado, contra Mavra y su plaga.

Puse mala cara.

—Aquello fue diferente.

—¿Ah, sí? —me preguntó.

—Sí. Entonces yo le estaba pagando para que matase cosas, no me lo estaba llevando a la ca... a la playa.

Murphy me miró levantando una ceja.

—No es seguro que vayas con él —le dije.

—No es seguridad lo que busco —contestó. Sus mejillas se enrojecieron un poco—. De eso se trata.

—No deberías ir —le repetí.

Levantó la vista y me miró durante un momento y, con el ceño fruncido, me preguntó:

—¿Por qué?

—Porque no quiero que te hagan daño —le dije—. Y porque te mereces alguien mejor.

Estudió mi cara durante unos segundos más y después cogió aire por la nariz.

—No me estoy escapando a casarme a Las Vegas, Dresden. Trabajo todo el día, y la vida me va bien. Solo quiero tomarme un tiempo para vivir un poco antes de que sea demasiado tarde. —Sacó de su bolsillo una tarjeta—. Estaré en este hotel, por si necesitas localizarme o algo así.

Doblé la tarjeta, todavía con mala cara, y con la intuición de que algo se me estaba escapando. Sus dedos rozaron los míos, pero no pude sentirlos por culpa del guante y las cicatrices.

—¿Estás segura de que vas a estar bien?

Asintió.

—Ya soy mayor, Harry. Soy yo quien ha elegido adónde vamos, ni siquiera se lo he contado a él. Se me ocurrió que así no podría organizar nada con antelación, en caso de que tuviese alguna idea rara en la cabeza. —Hizo un gesto impreciso hacia la pistola que llevaba enfundada en la axila, bajo su cazadora—. Tendré cuidado, te lo prometo.

—Ya —asentí, pero ni tan siquiera intenté sonreír—. Que conste en acta que me parece una estupidez, Murph. Espero que no te maten.

Sus ojos azules se iluminaron y arrugó de nuevo el entrecejo.

—No sé, esperaba que me dijeras algo del tipo «¡Que te lo pases bien!».

—Ya —dije—. Lo que tú digas, que te lo pases bien. Envíame un mensaje cuando llegues.

—Vale —me contestó—. Gracias por cuidar de mis plantas.

—No hay de qué.

Asintió y se quedó allí quieta durante un segundo. Volvió a acariciar a Ratón detrás de las orejas, subió al coche y arrancó.

Me quedé preocupado mirando cómo se alejaba.

Y celoso.

Muy, muy celoso.

Maldita sea.

¿Tendría razón Thomas después de todo?

Ratón emitió una especie de gemido y me dio con la pata en la pierna. Resoplé, me metí la tarjeta del hotel en el bolsillo y llevé el perro de vuelta al apartamento.

Cuando abrí la puerta, mi nariz fue asaltada con la esencia natural de pino, no del producto de limpieza, téngase en cuenta. Pino de verdad y ni una aguja fuera de su sitio. Las hadas habían estado allí: los libros estaban otra vez en las estanterías, el suelo estaba fregado, las cortinas arregladas, los platos limpios... Habían ordenado todo lo habido y por haber. Puede que tuvieran unas condiciones muy extrañas, pero el servicio de limpieza de las hadas funcionaba de maravilla.

Encendí las velas con unas cerillas que encontré en mi mesa de centro. Como mago que soy, no me llevo muy bien con las últimas novedades tecnológicas como la electricidad o los ordenadores, así que en mi casa no tengo dado de alta el servicio eléctrico. Mi congelador es un modelo clásico que funciona con el propio hielo. No hay calentador de agua y cocino siempre en un pequeño horno de leña. Lo encendí y calenté un poco de sopa, que era prácticamente lo único que quedaba en casa. Me senté a tomarla y fui echándole un vistazo al correo.

Lo de siempre. Los espabilados de los publicistas de Best Buy intentaban, por todos los medios, venderme los últimos modelos de ordenadores portátiles, teléfonos móviles y televisiones de plasma, a pesar de haberles repetido mil veces, por carta y en persona, que no se molestasen, ya que ni siquiera tengo electricidad. La factura del seguro del coche me la habían pasado antes de tiempo. También me habían llegado dos cheques. El primero era una paga simbólica del Departamento de Policía de Chicago por asesorar a Murphy durante una hora en un caso de contrabando el mes pasado. El segundo era un cheque mucho más jugoso, venía de un coleccionista de monedas que había perdido un maletín con piezas de países desaparecidos mientras navegaba en su yate en el lago Míchigan. Para intentar recuperarlo no le quedó más remedio que llamar al único mago de la guía telefónica.

El último sobre era de papel de manila amarillo y tenía un número escrito con letras grandes; reconocí enseguida la letra e inmediatamente se me revolvieron las tripas. La letra era perturbadora; tan perfecta como esas láminas que hay en las clases de las guarderías y tan neutra como las notas de una conferencia de un profesor de lengua.

Mi nombre.

Mi dirección.

Nada más.

No tenía ninguna explicación racional, pero esa letra escrita a mano, me asustó. No sabía qué era lo que había disparado mis instintos, a no ser que fuera la peculiar ausencia de cualquier rasgo distintivo o imperfecto. Por un segundo pensé que me había puesto así sin ninguna razón, que seguro que era un tipo de fuente de letra impresa, pero no: había una floritura en la última letra de «Dresden» que no coincidía con las otras enes. La floritura también parecía perfecta. Estaba allí intencionadamente para hacerme ver que aquello no había sido escrito por un humano ni por una impresora láser de Wal-Mart.

Dejé el sobre sin abrir en la mesa del centro y lo miré fijamente. Era fino y el contenido no lo deformaba, lo cual quería decir que, como mucho, tenía unas hojas de papel. Y eso significaba que no era una bomba. Bueno, para ser más preciso, no era una bomba de alta tecnología, lo cual sería completamente inútil si la intención era usarla contra un mago. Un explosivo de baja tecnología habría sido suficiente, pero no existían unos tan pequeños.

Por supuesto, aquello nos dejaba los medios místicos de ataque. Levanté mi mano izquierda y la dirigí hacia el sobre, intenté alcanzarlo con mis poderes mágicos, pero no podía desplegarlos. Con una mueca me quité el guante de cuero de la mano izquierda, dejando a la vista mis dedos plagados de cicatrices. Me había quemado tanto la mano

el año anterior que el médico que me examinó me recomendó la amputación. No le dejé que me cortara la mano, principalmente por la misma razón por la que todavía conduzco mi viejo Volkswagen Escarabajo: porque es algo mío, es mi centella.

Pero mis dedos se habían convertido en algo desagradable a la vista, en realidad eso ocurría con la mano izquierda en general. Ya no tenía movilidad en ellos, pero los estiré todo lo que pude para sentir la energía de la magia moviéndose alrededor del sobre una vez más.

Creo que podría haberme dejado puesto el guante. El sobre no tenía nada raro. Nada de bombas trampa.

Bueno, bien. Ya basta de esperas. Cogí el sobre con mi débil mano izquierda, lo abrí y lo vacié sobre la mesa.

Había tres cosas en el sobre.

La primera era una foto de ochenta por diez, en color, en la que salía Karrin Murphy, directora del grupo de Investigaciones Especiales del Departamento de Policía de Chicago. Sin embargo, no estaba de uniforme ni vestía ropa de trabajo. Llevaba una chaqueta de la Cruz Roja, una gorra de béisbol y, en la mano, sostenía una escopeta recortada escupiendo fuego; un modelo ilegal. En la foto se podía ver también a un hombre, de pie, cubierto de sangre desde la cintura hasta los pies. Una larga vara de acero le sobresalía por el pecho, como si hubiese sido atravesado por ella. El torso y la cabeza estaban desdibujados con líneas oscuras y manchas rojas. La escopeta apuntaba justo a la zona emborronada.

El segundo artículo también era una foto. En esta salía Murphy sin gorra y de pie encima del cadáver del hombre. También aparecía yo en el marco, salía mi cara de perfil. El hombre era un renfield, una criatura psicótica y violenta que era humana solo en el sentido más estricto de la palabra. Claro que si nos ponemos tiquismiquis, aquella foto era una prueba irrefutable de su asesinato.

Murphy, yo y un mercenario llamado Kincaid habíamos ido a la caza de un nido de vampiros de la Corte Negra, liderados por una vampira mortal llamada Mavra. Sus subordinados habían luchado con mucho arrojo. Me quemé gravemente la mano cuando Mavra entró en juego, pero tuve suerte de que solo fuera eso. Al final, rescatamos a los rehenes, descuartizamos algunos vampiros y matamos a Mavra. O por lo menos, matamos a alguien que creíamos que era Mavra. En retrospectiva, parecía extraño que una vampira, famosa por su imbatibilidad, se hubiese lanzado a nosotros desde su ruinoso fortaleza de ceniza y brasas para ser decapitada. La verdad es que había tenido un día tan largo que me había sentido muy dispuesto a creérmelo.

Tratamos de ser todo lo escrupulosos que pudimos en el ataque. Como resultado, salvamos algunas vidas que podríamos no haber salvado de haber arremetido contra ellos sin precaución. Pero hubo un momento en que aquel renfield se acercó tanto a mí que a punto estuvo de cortarme la cabeza. Por eso lo mató Murphy. Y alguien la había fotografiado haciéndolo.

Me quedé mirando las fotos.

Las habían hecho desde diferentes ángulos. Eso significaba que alguien más había estado en aquella habitación en aquel momento.

Alguien a quien ni siquiera habíamos visto.

La tercera cosa que había caído en la mesita de centro era un trozo de papel escrito con la misma letra del sobre. Lo leí:

Dresden:

Me gustaría reunirme contigo y te propongo pactar una tregua mientras tenga lugar nuestro encuentro. Te doy mi palabra de honor de que la mantendré. Veámonos esta tarde, a las siete en punto en tu tumba del cementerio de Graceland. Si no lo haces, me veré obligada a llevar a cabo acciones que resultarán ciertamente desafortunadas para ti y para tu amiga policía.

Mavra

En el tercio final de la hoja de la carta había un mechón de pelo rubio pegado. Puse la foto al lado de la carta.

El pelo era de Murphy.

Mavra tenía a Murphy en su punto de mira. Y con estas fotos de ella cometiendo un delito, y nada menos que conmigo a su lado, ayudándola e incitándola, podría hacer que la echaran de la policía y la pusieran a servir copas en cuestión de horas. Pero lo del mechón de pelo era algo mucho peor. Mavra era una gran hechicera y podía llegar a ser tan fuerte como un mago de gran categoría. Con un mechón del pelo de Murphy podía actuar virtualmente contra ella como le diera la gana, y no habría nada que pudiera hacerse para evitarlo. Mavra podría matarla. Podría hacerle algo peor que matarla.

No tardé mucho en decidirme. En el ambiente sobrenatural se podía confiar en una tregua propuesta bajo palabra de honor, especialmente entre las personas del Viejo Mundo, como Mavra. Si proponía una tregua para que pudiésemos hablar, lo decía en serio. Quería hacer un trato.

Miré de nuevo las fotografías.

Quería pactar y ella negociaría desde el lado del poder. Es decir, me iba a chantajear, y si yo no colaboraba, Murphy podía darse por muerta.

El perro y yo fuimos a mi tumba.

El cementerio Graceland es famoso. Aparece en casi todas las guías de Chicago, y hasta puede que también se hable de él en internet. Es el cementerio más grande de la ciudad y uno de los más antiguos. Está rodeado por unos muros muy sólidos y sobre él hay un sinfín de historias de fantasmas y guardianes de las sombras. Las tumbas que hay dentro son, desde terrenos normales con sencillas lápidas, hasta réplicas a tamaño real de templos griegos, obeliscos egipcios, estatuas de mamuts e incluso una pirámide. Se trata del Las Vegas de los cementerios. Y mi tumba está en él.

Tal cementerio no está abierto por la noche. La mayoría no lo están y hay una razón para ello. Todo el mundo sabe la razón, pero nadie lo comenta. No es porque haya muertos en ellos. Es porque hay personas que no están muertas del todo. Los fantasmas y las sombras perduran en los cementerios mucho más que nadie, especialmente en las ciudades más antiguas del país, donde los camposantos más viejos y más grandes se sitúan justo en el medio de las urbes. Por esta razón se construyen esos muros alrededor, aunque solo midan un metro: no son para que la gente no entre, son para evitar que salga lo que hay dentro. Los muros tienen una especie de poder en el mundo de los espíritus. Estas paredes que rodean los cementerios están, casi siempre, impregnadas del callado esfuerzo por mantener los dos mundos, el de los vivos y el de los no vivos, sentados a diferentes lados de la mesa comunal.

Las puertas se hallaban cerradas y había un vigilante en una pequeña construcción, demasiado maciza para llamarla cabaña pero demasiado pequeña como para llamarla de otra manera. Ya había estado allí otras veces y sabía bien cómo entrar y salir por la noche si fuera necesario. En la esquina nordeste de la valla había un montículo de gravilla que habían dejado los obreros que estaban trabajando en la carretera. Se elevaba lo suficiente, al lado del muro, como para que hasta un hombre con una sola mano y un enorme y desgarbado perro pudiesen colarse por allí.

Entramos, Ratón y yo. El perro, por muy grande que fuese, seguía siendo un cachorro, y tenía unas patatas descomunales para un cuerpo tan delgado. Había sido esculpido a la misma escala que las estatuas que hay en las puertas de los restaurantes chinos, aunque con un amplio y poderoso pecho y con una cantidad ingente de fuerza

en el hocico. Su pelaje era oscuro, de un gris casi uniforme, con manchas negras en la punta de sus peludas orejas, del rabo y de las patas. Ahora parecía un poco torpe y desgarrado, pero dentro de unos cuantos meses habría ganado músculo y se convertiría en un verdadero monstruo. ¡Y vaya si me gustaba la compañía de mi monstruo personal para acudir a una cita con una vampira en mi propia tumba!

La encontré cerca de la tumba de una niña famosa llamada Inez que había muerto hacía un siglo. El sepulcro de la pequeña tenía una estatua encima. Ya la había visto antes y se parecía mucho a la Alicia original del libro de Carroll: un querubín ataviado con un auténtico vestido victoriano. Supuestamente, el fantasma de la niña adoptaba el cuerpo de la estatua y corría y jugaba no solo entre las otras tumbas, también por el vecindario. Yo nunca la había visto.

Pero... la estatua no estaba.

Mi tumba es una de las más humildes que hay por allí. También está de pie y abierta, el noble vampiro que me la compró la había colocado para que permaneciese así. Me había conseguido un ataúd en estado permanente de emergencia, algo parecido al presidente con el *Air Force One*, solo que un poco más mórbido: «*Dead Force One*».

Mi lápida es una piedra vertical de sencillo mármol blanco y tiene una inscripción en letra capital con incrustaciones de oro: «Harry Dresden». Y también, taraceado en oro, un pentáculo, una estrella de cinco puntas dentro de un círculo, que es el símbolo de las fuerzas mágicas contenidas dentro de la voluntad humana. Y más abajo hay algo más: «Murió haciendo lo correcto».

Es un lugar demasiado cargado de desasosiego para ir de visita.

Es decir, todos vamos a morir. Sabemos eso a nivel intelectual. Nos lo imaginamos a menudo cuando somos jóvenes, y nos da tanto miedo que nos intentamos convencer de que seremos inmortales al menos una década más.

A nadie le gusta pensar en la muerte, pero es inevitable. No importa lo que hagas, no importa que practiques mucho ejercicio, que te tomes tu alimentación muy en serio, que medites, reces o que dones mucho dinero a la Iglesia. Hay una única verdad, insensible y cruel, a la que se enfrentarán todos los habitantes de la Tierra: llegará un día en el que todo termine. Un día el sol saldrá, el mundo girará, la gente seguirá sus rutinas diarias y tú ya no estarás allí. Te habrás paralizado y te habrás quedado frío.

Y a pesar de todas las creencias religiosas, de los testimonios de aquellos que vivieron experiencias cercanas a la muerte y de las invenciones de los contadores de historias, la muerte sigue siendo un auténtico misterio. Nadie sabe, a ciencia cierta qué es lo que pasa después, si es que hay un después. Todos nos enfrentamos ciegos a lo que sea que haya ahí fuera, más allá de la oscuridad.

Muerte.

No puedes escapar.

Vas a morir.

Es un hecho amargo y horrorosamente cierto, pero créeme, se ve todo desde un nuevo prisma de colores y texturas cuando te encuentras frente a tu propia tumba abierta.

Me quedé allí de pie, entre las silenciosas lápidas y las placas conmemorativas, tan sobrias y estrafalarias a la vez, con la luna de finales de octubre sobre mi cabeza. Hacía demasiado frío para que los grillos cantasen, pero el ruido del tráfico, las sirenas, las

alarmas de los coches, los aviones que sobrevolaban, la música lejana... el pulso de Chicago me hacía compañía. La niebla había salido del lago Míchigan como hacía tantas noches, pero esta vez se mostró excepcionalmente densa y, cual enredadera, se fue extendiendo entre las tumbas y las piedras. Había una silenciosa y penetrante tensión en el aire, un tipo de energía sosegada muy frecuente a finales de otoño. Halloween casi había llegado y las fronteras entre Chicago y el mundo de los espíritus, el Más Allá, estaban extremadamente debilitadas. Podía sentir sombras inquietas merodeando por el cementerio, desperezándose en la envolvente niebla y probando el aire cargado de energía; aunque la mayoría de ellas demasiado débiles como para que el ojo de un mortal pudiese apreciarlas.

Ratón se sentó a mi lado con las orejas hacia delante y en alerta, moviendo la mirada con mucha concentración. La atención que ponía hacía que fuese obvio el hecho de que podía ver esas cosas que yo solo podía sentir vagamente. Pero lo que fuera que estuviese ahí fuera, no lo molestaba. Se sentó a mi lado en silencio, contento de poder apoyar su cabeza bajo mi mano enfundada.

Llevaba puesto mi guardapolvo de cuero, cuya capa me llegaba casi hasta los codos, mis pantalones de faena, un jersey y unas viejas botas de combate. Tenía mi arsenal mágico en la mano derecha, un largo y macizo trozo de roble esculpido a mano con runas y diferentes sellos dibujados a lo largo de él. Y el pentáculo de plata de mi madre colgado de una cadena alrededor del cuello. Mi piel cicatrizada apenas podía sentir el brazalete de plata con minúsculos escudos colgado de mi muñeca izquierda, pero estaba allí. Varios dientes de ajo, atados en una gran ristra, descansaban en mi bolsillo y me rozaban la pierna cada vez que cambiaba de postura. El conjunto de útiles raros podría parecer completamente inocuo a los ojos de alguien despreocupado, pero suponía un arsenal mágico que me había sacado de muchos problemas.

Aunque Mavra me había dado su palabra de honor, tengo muchos otros enemigos a los que les encantaría pegarme un tiro, así que no iba a ofrecerme como objetivo fácil. Aunque allí de pie, en la oscuridad de aquel cementerio con tantas presencias, estaba empezando a ponerme cada vez más nervioso.

—Venga —susurré después de unos minutos—. ¿Por qué tardará tanto?

Ratón dejó escapar un gruñido tan bajo y pausado que casi no lo oí, pero sentí la tensión repentina del perro y la cautela temblorosa que subía por mi mano mutilada, sacudiendo mi brazo hasta el codo.

Agarré mi bastón y miré alrededor. Ratón estaba haciendo más o menos lo mismo hasta que sus oscuros ojos empezaron a seguir algo que yo no podía ver. Fuese lo que fuese, a juzgar por la mirada de Ratón, se estaba acercando. De pronto hubo un sigiloso y apurado ruido y Ratón se agachó, alargó el hocico, orientándolo hacia mi tumba abierta, y mostró los dientes.

Di un paso hacia mi tumba. Trozos de niebla fluían hacia abajo dentro de ella provenientes de los verdes campos. Hablé entre dientes, saqué mi amuleto y envié algo de mi voluntad a la estrella de cinco puntas, provocando que desprendiese una tenue luz azulada. Me coloqué el amuleto entre los dedos de mi mano izquierda, mientras agarraba el palo con mi mano derecha e intentaba atisbar el interior de la tumba.

La niebla de dentro se unió de repente y formó el cadáver marchito de una mujer, escuálida y seca, que parecía haber estado durante años enterrada. El cadáver llevaba

una toga verde y una túnica negra, al estilo medieval. La tela era simple algodón, es decir, confección moderna y estilo antiguo.

El bufido de Ratón se convirtió en un gruñido mucho más escandaloso.

El cadáver se reacomodó, abrió sus ojos blancos como la leche y me miró fijamente. Levantó una mano en la que sostenía un lirio blanco y me lo ofreció. Después habló con una voz que no era más que un susurro.

—Mago Dresden, una flor para tu tumba.

—Mavra —le dije—, llegas tarde.

—Había viento en contra —me contestó la vampira. Giró la muñeca y el lirio salió disparado, dibujando un arco, y cayó en mi lápida. Ella lo siguió con el mismo movimiento, tan pausadamente que me recordó a la gracia fantasmagórica de una araña. Me di cuenta de que llevaba una espada y una daga colgadas en un cinturón para armas. Parecían viejas y usadas y me apostaría lo que fuera a que estaban hechas con materiales no actuales. Se paró y me miró desde mi tumba. Yo apenas podía verle la cara, tan lejos de la luz azul de mi amuleto, pero vi que sus ojos enfermos con cataratas estaban fijos en Ratón.

—¿No perdiste la mano? Después de aquellas quemaduras pensé que te la habrían amputado.

—Es mía —le contesté—. Además, no es tu problema. Me estás haciendo perder el tiempo.

Los labios del cadáver de la vampira se tensaron en una sonrisa. Escamas de carne muerta le cayeron por las comisuras. Su pelo encrespado como paja seca estaba completamente roto a un dedo de longitud, pero tenía mechones más largos por el medio, del color del pan de molde, que rozaban los hombros de su vestido.

—Estás permitiendo que tu mortalidad te vuelva impaciente, Dresden. ¿Estás seguro de que quieres desaprovechar esta oportunidad hablando de tu asalto a mi plaga?

—No. —El amuleto me resbaló otra vez y apoyé la mano en la cabeza de Ratón—. No he venido a relacionarme en sociedad. Tienes información sobre Murphy que podría perjudicarla y quieres algo de mí. Vayamos al grano.

Su risa era ronca y su sonrisa estaba llena de telarañas.

—Siempre olvido lo joven que eres hasta que te vuelvo a ver —dijo—. La vida es efímera, Dresden. Si insistes en vivir la tuya, tienes que divertirte.

—Tiene gracia que lo digas, porque precisamente el intercambio de insultos con una superzombi egotista no es la idea que tengo yo de diversión —le reproché. Ratón puntuó mi frase con otro sonoro gruñido. Le di la espalda y empecé a caminar—. Si esto es todo lo que querías decirme, me voy.

Se rió con más fuerza y el sonido de su risa me aterrorizó. Puede que fuera el ambiente, pero había algo raro, no tenía motivos para reírse de esa manera... No había calidez, ni humanidad, ni amabilidad, ni alegría en aquella risa. Era como la propia Mavra, tenía una marchita carcasa humana, pero en su interior todo era como en una pesadilla.

—Muy bien —dijo Mavra—. Seamos breves pues.

Volví a mirarla, cauteloso. Había algo en su actitud que acababa de cambiar y estaba activando todas mis alarmas.

—Encuentra la Palabra de Kemmler —dijo. Se dio la vuelta rápidamente, su falda negra se iluminó y apoyó una mano en la espada con gesto descuidado, preparándose para desaparecer.

— ¡Oye! —dije con voz ahogada—. ¿Eso es todo?

—Eso es todo —dijo sin darse la vuelta.

— ¡Espera un momento! —grité.

Se detuvo.

—¿Qué carajo es eso de la Palabra de Kemmler?

—Es el camino.

—¿Y adónde lleva? —le pregunté.

—Al poder.

—Es lo que quieres.

—Sí.

—Y quieres que lo encuentre yo.

—Sí, tú solo. No le hables a nadie de nuestro trato ni de lo que pretendes.

Cogí aire despacio.

—¿Y qué pasaría si te digo que te vayas al infierno?

Mavra levantó un brazo en silencio. Había una foto entre sus dedos disecados e incluso a la luz de la luna pude ver que era de Murphy.

—Te detendré —vaticiné—. Y si no puedo, te perseguiré. Si le haces daño te mataré y te haré sufrir tanto que tus diez últimas víctimas se recuperarán milagrosamente.

—No tendré que tocarla —señaló ella—. Mandaré las pruebas a la policía y las autoridades mortales la procesarán.

—No puedes hacer eso —le dije—. Puede que magos y vampiros estemos en guerra, pero debemos mantener a los mortales al margen de todo esto. Si metes a las autoridades mortales, el Consejo se meterá también. Y luego los Rojos. Podrías intensificar los conflictos hasta generar un caos global.

—Tal vez, si intentase contratar a las autoridades mortales contra ti —dijo Mavra—. Tú eres del Consejo Blanco.

El estómago me dio un vuelco cuando empecé a entender lo que estaba ocurriendo. Yo era miembro del Consejo Blanco de magos, un ciudadano consagrado en los reinos sobrenaturales.

Pero Murphy no lo era.

— ¡La protectora del pueblo! —Mavra no estaba siendo nada sutil—. La defensora de la ley se convertirá en una asesina convicta y la única explicación que podrá dar hará que parezca que ha perdido el juicio. Está preparada para morir en el campo de batalla, mago. Pero yo no la mataré sin más. La destrozaré. Destruiré su corazón echando por tierra todo el trabajo de su vida.

— ¡Zorra! —exclamé.

—Claro. —Me miró por encima del hombro—. Y a menos que estés decidido a cargarte la civilización mortal, o por lo menos gran parte de ella, para imponer tu voluntad, no hay nada que puedas hacer para pararme.

Una explosión de ira se liberó en mi pecho y se extendió como una bola de fuego por todo mi cuerpo y mis pensamientos. Ratón avanzó un paso en dirección a Mavra,

peleando con la niebla que nos rodeaba y gruñendo cada vez más, no me di cuenta hasta pasado un rato de que estaba siguiendo mi ejemplo.

—¡Y una mierda que no hay nada que pueda hacer! —gruñí—. Si no hubiese aceptado la tregua...

Los dientes amarillos del cadáver de Mavra se mostraron en una espantosa sonrisa.

—Mátame cuando quieras, mago, pero no te hará ningún bien. A menos que le ponga freno a todo esto, las fotos y las otras pruebas serán enviadas a la policía. Solo me detendré si me siento satisfecha cuando me entregues la Palabra de Kemmler. Encuéntrala. Trámela antes de que pasen tres medias noches más y todas las pruebas serán tuyas. Tienes mi palabra.

Dejó caer la foto de Murphy y no sé qué luz morada asquerosa se encendió alumbrándola durante un segundo hasta que cayó al suelo. Un olor acre, como de productos químicos chamuscados, inundó el ambiente.

Cuando volví a mirar a Mavra ya no había nadie.

Caminé despacio hacia la foto, luchando por dejar mi ira a un lado lo suficientemente rápido como para lograr desplegar con mi mano mis poderes sobrenaturales. Ya no sentía en absoluto la presencia de Mavra a mi alrededor, y durante los siguientes segundos, los gruñidos del perro fueron cesando poco a poco, desde prudentes bufidos de incertidumbre hasta el profundo silencio. Aunque no tenía muy claros los detalles, Ratón no era un perro normal y si él no notaba a los malos acechando era porque los malos no estaban por allí.

La vampira se había ido.

Recogí la foto. Se había estropeado. La energía oscura había hecho unas quemaduras con forma de números en la cara de Murphy. Un número de teléfono. Qué monada.

Mi justificado ataque de ira se iba apaciguando y ya lo estaba echando de menos, porque sabía que en cuanto desapareciese daría paso a la preocupación enfermiza.

Si no trabajaba para una de las peores personas con las que jamás había tratado, a Murphy la colgarían hasta dejarla seca.

Esa mala persona buscaba el poder y, por si fuera poco, había un plazo que cumplir. Si Mavra necesitaba algo así tan rápido, significaba que algún tipo de lucha de poder se nos venía encima. Y aquella fecha: dentro de tres medias noches era la noche de Halloween. Además de arruinarme el cumpleaños, significaba que la magia negra entraría en juego en un futuro cercano, y a esta altura del año eso solo quería decir una cosa: nigromancia.

Me quedé allí de pie, en el cementerio, observando mi tumba, hasta que empecé a tener escalofríos. En parte, por el frío.

Me sentí muy solo.

Ratón suspiró aunque no parecía preocupado. Se apoyó contra mí.

—Vamos, chico —le dije—, vamos a llevarte a casa. Con que uno de nosotros se ocupe de todo esto, es suficiente.